

mucha confusión, no bien el tren llegó al punto de destino. Se habían reventado muchos canalones, se habían obstruido las cloacas y las calles estaban inundadas. Así que puso el pie en el suelo, la Sra. Sparsit dirigió una mirada desesperada al sitio de los coches, que aguardaban á los viajeros y que éstos se disputaban en desórden.

— Subirá en un coche — dijo ella — y desaparecerá antes de que tenga tiempo de seguirla en otro. Aunque me aplasten, quiero ver el número y oír la dirección que dé al cochero.

Pero la Sra. Sparsit se equivocó en sus cálculos. Luísa no tomó coche alguno. Se marchó á pie. Los ojos negros, que escudriñaban el vagón en que ella viajara, no fueron bastante listos y se quedaron rezagados. Al cabo de algunos minutos, viendo que no se abría la portezuela, la Sra. Sparsit pasó y volvió á pasar por delante del vagón, acabando por mirar en el interior, que estaba desocupado. Cátenla ahora mojada hasta los huesos, con los pies haciendo á cada paso flie-flac en sus botas, con una capa de lluvia en su clásico semblante, con el sombrero arrugado lo mismo que un higo, con todas sus prendas deterioradas; y por detrás, en toda la extensión de su persona de noble estirpe, se hubiera podido contar, en los señales que había

en su ropa mojada, cada botón, cada lazo y cada broche de su vestido; todo ello adornado, de aquí y de allá, por aquel musgo verdoso que se cría en el antemural de un viejo parque, en una avenida descuidada. La Sra. Sparsit, en pago de todo lo que sufriera, no tuvo otro remedio que verter un torrente de amargas lágrimas, exclamando:

— ¡ La he perdido !

CAPITULO XXVIII

EL TUMBO

Los basureros del taller nacional, después de divertirse unos y otros, entregándose á una serie de reñinas bulliciosas, se dispersaron por algún tiempo y el señor Gradgrind fué á pasar las vacaciones en su casa.

Se disponía éste á escribir en su habitación, adornada con el reloj lúgubrememente estadístico, para demostrar indudablemente algo. Tal vez quería demostrar que el buen Samaritano era un economista detestable. El ruido de la lluvia no le distraía en gran manera; pero solicitaba algo su atención, pues alzaba de tiempo en tiempo la cabeza, como para amonestar á los elementos.

Al retumbar el tren con violencia, miraba él hacia Cokeville, diciéndose para sí que el flúido eléctrico podía derribar algunas de sus chimeneas.

Se oía á lo lejos el trueno, y la lluvia parecía un diluvio, cuando se abrió la puerta de su estancia. Volvió los ojos, por detrás de la lámpara de su mesa, y columbró estupefacto á su hija primogénita.

— ¡ Luísa !

— Papá, tengo que hablarle.

— ¿ Qué ocurre ? ¡ Tu aspecto es muy extraño ! ¡ Cielos ! — dijo el Sr. Gradgrind, siempre más sorprendido. — ¿ Cómo has podido venir con este chubasco ?

Llevó ella las manos á su ropa, como si no supiera que estaba mojada. Descubrió después su cabeza y, dejando caer al suelo el manto y el capuchón, permaneció con la mirada fija en su padre. La veía éste tan pálida, tan amenazadoza y tan desesperada, con los cabellos en tal desorden, que tuvo realmente miedo.

— ¿ Qué ocurre ? Te ruego, Luísa, que me digas lo que ocurre.

Ella se dejó caer en una silla, delante de él, y puso su mano helada en el brazo de su padre.

— Papá, me ha educado V. desde la cuna.

— Sí, Luísa.

— ¡ Maldita sea la hora en que nací para tal destino !

La miró con aire de duda y de espanto, repitiendo con el tono propio del hombre que no entiende :

— ¡ Maldita sea la hora ! ¡ Maldita sea la hora !

— ¿ Cómo ha podido V. darme la vida, robándome todas esas cosas que dan más valor al hombre vivo que á un muerto con conciencia de su estado ? ¿ Dónde están las gracias de mi alma ? ¿ Qué ha hecho V., papá, qué ha hecho V. del jardín que debía florecer antaño y que ahora es un desierto ?

Golpeóse el pecho con ambas manos.

— Si hubiese florecido alguna vez en mí, hubieran bastado sus cenizas para salvarme del vacío en que ahora se hunde mi existencia. No quería decirle esto : pero, papá ¿ no recuerda V. la última conversación que tu vimos en esta misma estancia ?

Sospechaba tan poco lo que acababa de manifestarle, que no sin dificultad pudo responder :

— ¡ Sí, Luísa !

— Lo que hoy ha salido de mis labios, se lo hubiera dicho aquel día, de haber V. venido un solo instante en mi ayuda. Nada le recrimino, papá. Lo que nunca trató V. de desarrollar en

mi espíritu, tampoco lo vertió V. en el suyo; pero si lo hubiese hecho tiempo atrás, Dios mío, ó me hubiese abandonado á mí misma, ¡hoy hubiera sido más perfecta y más feliz!

Al oír estas palabras, que eran triste recompensa de todos sus cuidados, el Sr. Gradgrind apoyó su cabeza en la mano y lanzó un gemido.

— Si hubiera V. sabido, papá, lo que temíam yo en mí, la última vez que nos encontramos aquí juntos, á pesar de que trataba de vencerlo (¡ay! desde mi infancia no he hecho otra cosa que dominar los impulsos de mi corazón); si hubiera V. sabido que en el fondo de mi alma quedaban sentimientos, afectos y debilidades capaces de desenvolverse en ella, á pesar de todos los cálculos del hombre, pues ello es desconocido de vuestra aritmética como el Creador lo es de todas las cosas; si hubiera V. sabido esto, ¿me habría V. dado un esposo de que hoy abomino?

El respondió:

— No, no, pobre niña.

— ¿Me hubiera V. condenado á la educación fría y marchitadora que me ha endurecido y maleado? ¿Me hubiera V. sustraído, sin enriquecer á nadie, la parte inmaterial de la vida, la primavera y el estío de mi creencia,

el refugio contra lo sórdido y malo que existe entre los seres reales de nuestro alrededor, la escuela en que hubiera aprendido á ser más humilde y confiada para con ellos, tratando, en mi esfera, de hacerles bien?

— ¡Oh! no, no, Luisa!

— No obstante, papá, si hubiera sido yo del todo ciega; si me hubieran obligado á buscar mi camino á tientas, y se me hubiera dejado libre para desarrollar mi imaginación en la forma y superficie de las cosas, que sólo conocía por el tacto, hubiese sido mil veces más feliz, más prudente, más amable, más inocente y más *mujer* de lo que soy ahora con los ojos que tengo en la cabeza. Escuche lo que voy á decirle.

Cambió de postura para sostenerla con el brazo. Como Luisa se levantara en el mismo instante, se encontraron el uno cerca del otro. Puso ella una mano en el hombro de su padre, mirándole fijamente:

— He crecido en medio de un hambre y de una sed que no han sido satisfechos, llevada por un deseo ardiente á una región en que estuviesen proscritas las reglas, las cifras y las definiciones, luchando paso á paso durante el camino.

— No sabía que fueses desgraciada, hija mía.

— Lo sabía yo, papá. En esta lucha he despedido y aplastado á mi ángel bello, para

hacer de él un demonio. Lo que aprendí no ha servido más que para despertarme dudas, volviéndome incrédula y desdenosa, y he echado de menos lo que no he aprendido. Mi recurso lúgubre y postrero ha sido la idea de que la vida pasaría pronto, no ofreciendo nada que valiese la pena ó el fastidio de una lucha por ella.

— ¿Cómo? ¡A tu edad, Luisa! — preguntó el padre, con voz compasiva.

— Sí, á mi edad, — repitió Luisa. — En esas estoy, papá. Voy mostrándole ahora, sin temor ni esperanza, las llagas mortales que se abrieron en mi corazón, cuando me propuso V. casarme con el que hoy es mi marido. Acepté. Ni usted ni él pueden echarme en cara que le haya demostrado amor. Yo sabía, y V. también, papá, lo mismo que él, que nunca le había amado. No existía en mi indiferença absoluta, porque esperaba dar gusto y ser útil á Tom. Aproveché esta escapatoria desesperada como un consuelo triste de mi imaginación, y ahora he visto con exceso la vanidad de mi propósito. Tom fué objeto de toda la ternura de mi vida; lo fué quizá por haber empezado yo á compadecerle. Poco importa ahora la causa de ello, á menos que la misma le haga ver con más indulgencia las faltas de un hermano.

Mientras el Sr. Gradgrind la tenía en sus brazos, puso ella la otra mano en el hombro de su padre, con los ojos siempre fijos en él.

— No bien me hallé irrevocablemente casada, renació en mí la antigua lucha. Me rebelaba contra aquel yugo, con el ardor de la antipatía que separa nuestras naturalezas individuales, que no se conciliarán con todos las fórmulas generales de V., mientras la anatomía no sepa donde hundir el escarpelo y descifrar los secretos de mi corazón.

— ¡Luisa! — exclamó el padre, con acento de súplica; pues recordaba bien lo que había ocurrido entre ambos, en la última entrevista que tuvieron en la propia habitación.

— No te recrimino, papá; no me quejo. No he venido para eso.

— ¿Qué puedo hacer, hija mía? Pideme lo que quieras.

— Voy á ello, papá... Mientras me encontraba así, trabé conocimiento con una nueva persona: un hombre como no había visto nunca otro parecido en mi vida; hombre de mundo, ligero, cumplidor, elegante, mostrándose siempre tal como es; proclamando en voz alta su desprecio por las cosas que yo aborrezco secretamente; dándome á entender, desde el primer día, aunque yo no sepa cómo, que me com-

prende y lee en mi pensamiento. Por más que yo hiciera, no lo he encontrado más depravado que yo. No estábamos muy lejos el uno del otro. Me extrañó sólo que un hombre, no interesándose por nada, pusiera interés en mi.

— ¡En ti, Luísa!

Quizá el padre hubiera dejado instintivamente de abrazar á su hija, de no sentir que las fuerzas de ésta flaqueaban y ver como un brillo extraño dilataba sus ojos, fijos en él.

— Nada diré del medio que ha usado para obtener mi confianza. Importa poco la manera como la ha conseguido. La verdad es, papá, que ha triunfado. Lo que sabe V. de la historia de mi matrimonio, no tardó él en descubrirlo en seguida y con todo detalle.

El semblante del buen hombre se cubrió de una palidez mortal, y retuvo á su hija en sus brazos.

— Eso es todo, papá. No le he deshonrado. Pero si me pregunta V. si he querido ó si quiero aun á ese hombre, le diré con franqueza, papá, que puede ser. No lo sé.

De súbito quitó ella las manos del hombro de su padre, oprimiéndose con ellas el pecho. ¿Era éste el mismo rostro, que antes fuera duro y seco; y brillaba con ardor y fuego? ¿Era esa Luísa Gradgrind, que se erguía en

toda su estatura, resuelta á concluir mediante un último esfuerzo lo que había empezado, dejando escapar, al fin, las pasiones comprimidas por mucho tiempo en el fondo de su alma?

— Aquella noche estaba ausente mi marido, y vino él á encontrarme; se presentó como mi amante. En este momento me aguarda, y no he hallado otro medio para que se alejase. No sé si estoy enfadada conmigo, no sé si estoy avergonzada, no sé si me siento degradada en mi propia estima. Pero tengo la convicción de que la filosofía y las lecciones de V. no me salvarán. Pues bien, papá, ya que Vds. me ha hecho como soy, busque algún medio para salvarme.

La abrazó más estrechamente, para impedir que Luísa cayera al suelo; pero ella le gritó con voz terrible:

— ¡Si me tiene V. cogida, me moriré! ¡Déjeme caer al suelo!

Dejó que se desplomara sobre el piso; ¡y á sus pies pudo contemplar inanimado el orgullo de su corazón y el triunfo de su sistema!

CAPÍTULO XXIX

AÚN FALTABA MÁS

Luísa despertó de su letargo, abrió los ojos lentamente y se halló de nuevo en su cama y en su habitación antiguas. Al principio le pareció un sueño todo lo ocurrido desde que le eran familiares aquellos objetos; pero poco á poco, á medida que las cosas circundantes se dibujaban en forma real ante sus ojos, los acontecimientos pasados se ofrecieron á su espíritu en toda su exactitud.

Apenas podía mover la cabeza dolorida y pesada. Tenía cansados los ojos, y se sentía muy débil. Una extraña apatía se había apoderado de ella, de suerte que no advirtió la presencia de su hermanita hasta al cabo de algunos instantes. Aún después de haberse cruzado sus miradas y de acercarse la niña á la cama, Luísa quedó algunos minutos mirando en silencio, abandonando á Jane su mano, que ésta cogía con timidez, antes de que preguntase:

- ¿Cuándo me han traído aquí?
- Ayer noche, Luísa.
- Y ¿quién me trajo?

— Creo que fué Sissy.

— ¿Por qué dices que crees?

— Porque la he encontrado aquí esta mañana. No vino á despertarme, como hace siempre, y he ido yo en busca de ella. Como no se hallaba en mi cuarto, la he buscado en toda la casa, y la he hallado aquí, por fin, cuando se disponía á cuidarte y mojar tu frente con agua de Colonia. ¿Quieres ver á papá? Sissy me ha dicho que debíamos avisarlo, no bien despertases.

— ¡Que cara más radiante, Jane! — dijo Luísa, mientras que la hermanita, siempre tímida, se inclinaba para besarla.

— ¿De veras? Pues me gusta. Estoy cierta de que es Sissy quien me vuelve de este modo.

El brazo de Luísa, que había empezado á rodear el cuello de la niña, se separó de él.

— Puedes avisar á papá, si quieres. — Después, deteniéndola un instante, añadió: — ¿Eres tú quien ha arreglado de modo tan bonito esta habitación, dándole un aire de bienvenida?

— ¡Oh! no, Luísa. Ya estaba así, cuando he subido. Es...

Luísa volvió la cabeza á la almohada, sin oír nada más. Cuando se hubo retirado su hermana, volvióse de nuevo y permaneció con la mirada

fija en la puerta, hasta que ésta se abrió para dar paso al Sr. Gradgrind.

Ofrecía éste un aire inquieto y abatido : su mano, firme de ordinario, tembló en la de su hija. Se sentó junto á la cama, preguntó cariñosamente á Luísa como seguía, recomendándola que estuviera tranquila, después de la agitación del día anterior y del chubasco á que se había expuesto. Hablaba con voz dulce y alterada, distinta de su acostumbrado acento dictatorial. Parecía buscar las palabras :

— ¡Querida Luísa! ¡Pobre hija mía!...

Estaba cohibido de tal modo, que tuvo que callar. Empezó de nuevo :

— ¡Hija mía infortunada!...

Le parecía tan difícil tratar el asunto, que dijo nuevamente :

— Inútil es, Luísa, que te exprese el pesar que me causó y me causa tu revelación de ayer. El suelo tiembla bajo mis pies. El único sostén en que me apoyaba, de cuya solidez me parecía y me parece imposible dudar, se ha roto en un instante. Este descubrimiento me ha anonadado. No hay sentimiento alguno de egoísmo y de condeño en lo que te digo, pero hallo muy difícil soportar el golpe que recibí ayer.

Ella no podía ofrecerle ningún consuelo en este punto, puesto que su propia vida no había

sido más que un naufragio perpetuo contra una misma roca.

— No diré, Luísa, que si me hubieses desengañado tiempo atrás, por una casualidad feliz, hubiera sido mejor para tu tranquilidad y la mía : sé que mi sistema no permitía provocar una confianza de esa índole. He calculado, he repasado... mi sistema y lo he aplicado rigurosamente ; debo aceptar la responsabilidad de mis equivocaciones. Te ruego que creas, querida hija mía, que lo hice sólo con el mejor deseo.

Hablaba con voz conmovida, y justicia es declarar que decía la verdad. Al arquear abismos sin fondo con su miserable varilla de aduanero y tropezar por la superficie del globo con su compás enmohecido, creyó haber cumplido una de las obras más bellas del mundo. Estaba agitado, en el límite de su corto lomo, destruyendo á su alrededor las flores de la existencia, con más sinceridad en sus miras que la mayor parte de vocingleros con quienes se aliara.

— Papá, estoy convencida de ello. Sé que he sido siempre la preferida. Sé que ha querido V. hacerme feliz. No le reconvegno ni lo haré jamás.

Tomó él la mano que le tendía ella y la guardó en la suya.

— Querida hija mía, he pasado toda la noche en mi despacho, repasando en mi espíritu nuestra penosa entrevista. Cuando imagino tu carácter, cuando pienso que durante tantos años me has ocultado lo que he sabido hace pocas horas; cuando pienso en las circunstancias cuya violencia te ha arrancado esta confesión, no puedo menos de colegir que debo desconfiar de mí mismo.

Hubiera podido seguir más allá, en la confesión de su impotencia, al ver el semblante que le miraba en aquel momento; y con su mano apartó los cabellos desordenados de su hija, que le ocultaban el rostro. Esas caricias tan sencillas, de las que nadie se hubiera percatado, eran de mucha significación en el Sr. Gradgrind; y su hija las recibía como palabras de arrepentimiento.

— Pero — repuso el Sr. Gradgrind lentamente, vacilando y con desanimación. — Si tengo razón en desconfiar de mí por el pasado, Luisa, no he de desconfiar menos por el presente y el porvenir, y no quiero ocultarte mis dudas. Ayer, á esta hora, no se me hubiera oído tal lenguaje; pero hoy no creo haber merecido la confianza que pusiste en mí, ni ser capaz de responder al llamamiento que acabas de hacerme, ni que tenga el instinto necesario (no he

querido reconocerlo, hasta aquí) para ayudarte y volverte al buen camino, hija mía.

Luisa se había vuelto del otro lado de la almohada, y tenía el semblante apoyado en su brazo, de manera que su padre no podía verlo. Se había calmado la violencia y la cólera de la joven esposa; más no lloraba, á pesar de que la conmovían sentimientos más dulces, y su padre, ¿quien lo creería?, deseaba que vertiese lágrimas.

— Hay quien me asegura — continuó, también vacilando — que existe una sabiduría de la Cabeza y una sabiduría del Corazón. No lo creía, y, como acabo de decirte, desconfío de mí. Había pensado siempre que la cabeza bastaba para todo. Muy posible es que no baste para todo; ¿cómo he de atreverme, esta mañana, á sostener lo contrario? Si esa otra clase de sabiduría fuera acaso la que he echado en olvido, y que éste es precisamente el instinto necesario, Luisa... »

Mucha duda había aun en sus palabras, como si se tratase de una hipótesis que le repugnara, hasta en aquel momento. Luisa no respondió; estaba acostada, ante él, en la cama, medio vestida, casi del mismo modo que la viera el día anterior, al desplomarse en el suelo.

— Luisa — y de nuevo puso la mano en los

cabellos de su hija. — En estos últimos tiempos he estado ausente de mi casa muchas veces; y aunque tu hermana ha sido educada según el... sistema... (parecía ahora pronunciar con repugnancia esta palabra), su educación se vé modificada por asociaciones empezadas muy pronto, en lo que la concierne, y quizá... Te pido con ignorancia y humildad, hija mía, si acaso esto es una suerte. ¿Qué piensas de ello?

— Papá — respondió Luisa, sin moverse — si se ha despertado en el corazón de V. alguna armonía que quedase muda en el mío, hasta convertirse en tempestad, que Jane dé gracias al cielo y prosiga por la ruta dichosa que le está trazada, considerando como una felicidad haber evitado la que se me hizo tomar.

— ¡Hija mía! ¡Hija mía! — dijo el padre, con acento de desesperación. — ¡Honda pena me causa verte en ese estado! ¿Qué le hace que no me reconvengas, si yo me inculpo cruelmente? — Inclino la cabeza y habló en voz baja — Luisa, tengo la idea vaga de que se efectúa en mí un cambio feliz, resultado del amor y del agradecimiento. Lo que no hizo ni pudo hacer la cabeza, ¿lo hará poco á poco el corazón en silencio? ¿Lo crees tú posible?

Ella no respondió.

— No será, en todo caso, por alabarme de ello. ¿Como podría yo tener un ápice de orgullo, viendo lo que he hecho de tí? ¿Lo crees tú posible?

El padre la miró otra vez, acostada y desesperada, y, sin decir más, se alejó de la habitación. No bien la hubo abandonado, oyó ella un paso ligero cerca de la puerta, y percatóse de que Sissy se había colocado junto á la cabecera de su cama. No levantó la cabeza. Al pensar que iban á verla en aquel lamentable estado y que se justificaría la involuntaria mirada de piedad, que la mortificó tanto en otro tiempo, sintió encenderse en ella sorda cólera, como los fuegos malsanos que se ocultan en la ceniza. Toda fuerza comprimida estalla y destruye. No bien se aprisiona el aire, bienhechor para la tierra, el agua que la fertiliza, el calor que hace madurar la cosecha, el mundo se trastorna. Tal era la historia del corazón de Luisa; sus excelentes cualidades naturales, en fuerza de ser rechazadas, se habían convertido en una masa dura, que se rebelaba contra una amiga.

Felizmente entonces sintió como se posaba en su cuello una dulce mano, y se figuró que la creían dormida. Esta mano simpática no podía despertar su cólera. Que permanezca allí, que permanezca allí.

Permaneció allí, despertando y animando multitud de pensamientos dulces en Luisa, que no pudo sentirse rodeada de silencio y de cuidados, sin que sus lágrimas se abriesen paso por sus cerrados ojos. El otro semblante tocó el suyo, y sintió que también había llanto en aquellas mejillas, llanto que se derramaba por ella.

Fingiéndose Luisa que despertaba y habiéndose sentado en la cama, Sissy se alejó y permaneció tranquilamente en pie, junto á su cabecera.

— ¿Espero que no la molesta mi presencia? Venía á preguntarle si quiere que me quede con V.

— ¿Por qué? Mi hermana no puede estar sin V. Lo es todo para ella.

— ¿De veras? — preguntó Sissy, moviendo la cabeza.

— Quisiera también servir de algo á V., si pudiese.

— ¿Qué? — preguntó Luisa, casi con dureza.

— No importa qué, lo que más necesite, si fuera posible. En todo caso quisiera serle útil del mejor modo que yo pudiese. Y si quiere V. probar, verá que me desanimo difícilmente. ¿Quiere V. permitir?

— ¿Es papá quien la ha enviado aquí á decirme esto?

— No, en verdad — contestó Sissy. — Me ha dicho que podía entrar ahora, pero, en cambio, me ha hecho salir esta mañana... ó al menos...

Vaciló y se detuvo.

— ¿O al menos, qué? — preguntó Luisa, fijando en ella una mirada escrutadora.

— He pensado que mejor era que me hiciese salir; pues ignoraba si le gustaría á V. verme aquí.

— ¿Es que la he aborrecido siempre?

— Espero que no, porque yo siempre la he querido, y he deseado siempre darle pruebas de ello. Pero V. cambió algo para conmigo, poco antes de abandonar la casa de su padre, y no me extrañaba. ¡Sabía V. tantas cosas, y yo tan pocas! Por lo demás, era natural en medio de los nuevos amigos, con quienes iba V. á vivir... No tenía yo ningún motivo para ello, y así es que nunca la he odiado.

Ruborizóse al decir esto, con animación y modestia. Luisa comprendió ese afecto y sintió remordimiento.

— ¿Quiere V. que pruebe? — dijo Sissy, que se sentía alentada, alargando su mano acariciadora hacia el cuello que se inclinaba á ella.

Luisa tomó aquella mano y la guardó en la suya, conteniendo así el brazo que la hubiera rodeado pronto, y contestó.

— Ante todo, Sissy, ¿sabe V. lo que soy? Soy tan orgullosa y dura, tan turbada y triste, tan colérica y tan injusta para los de más y para conmigo, que en mí no hay más que tormenta, tinieblas y maldad. ¿No le espanta eso?

— ¡ No !

— Soy tan desgraciada, y se ha derrumbado ahora de tal modo lo que hubiera podido cambiar mis sentimientos, que no necesitaría de un guía para que me enseñase la paz, el contento, el honor y todo lo que me hace falta de bueno, si hubiera permanecido hasta hoy sin conocer lo que á los ojos de V. me hace tan sabia. ¿No la espanta esto?

— ¡ No !

Con la inocencia de su afecto animoso y la exhuberancia de su antigua devoción, que el injusto abandono de Luisa no había podido acallar, difundió ella una luz suave en el humor sombrío de su compañera.

Luisa levantó la mano de Sissy, para que con la otra pudiera enlazar su cuello.

Después se puso de rodillas y, estrechando en sus brazos á la hija del saltimbanqui, la contempló casi con veneración.

— Perdóneme, compadézcame, asístame. Apíadese de mi gran miseria, y deje que mi cabeza repose en un corazón amante.

— ¡ Ah ! ¡ póngala aquí ! — exclamó Sissy, ¡ Póngala aquí, querida mía !

CAPÍTULO XXX

MUY RIDÍCULO

El Sr. James Harthouse pasó todo un día y una noche en tal agitación, que al gran mundo le hubiera costado mucho, con el monóculo en el ojo, reconocerle por el joven Sr. Jem, hermano del divertido y honorable miembro del parlamento, durante el intervalo de aquella enajenación mental. La verdad es que estaba muy agitado. Hubo instantes en que llegó á expresarse con la viveza propia de los mártires comunes.

Entraba y salía de un modo incomprendible, como hombre que no sabe qué hacer. Corría por la calle como un salteador de caminos. En una palabra, estaba de tal modo fastidiado, que olvidaba algunas reglas que había que practicar, impuestas por la moda, para ofrecer el fastidio de la gente encopetada.

Después de lanzar su caballo sobre Cokeville, en medio de la tormenta, como si no hu-